

El principio de putrefacción

Slaymen Bonilla

En la mitología zombi estas creaturas se encuentran en estado de putrefacción, sea por una maldición (teoría clásica) sea por una infección (teoría contemporánea). A final de cuentas, el zombi es un cuerpo en estado de descomposición. ¿Existe cura? Sí, pero es extremadamente rara, como medicina o como contraconjuro.

Esta historia del zombi nos lleva a uno de los principios o axiomas de la Filosofía Maldita y, como tal, de un sistema pesimista: El principio de putrefacción. La enunciación de este es simple: si algo está mal, normalmente, sólo empeorará. O, mejor aún, algo en estado de descomposición sólo puede descomponerse más.

En física tenemos la “entropía” en la que un sistema (el Universo) se contrae hasta su estado primitivo o, del mismo modo, se expande hasta el punto de desintegrarse. Y esto es lo que sucede en el Universo humano (uno de los tantos Universos o Mundos posibles), ya sea en la economía, en la política, en la historia general, etc. Las distintas “realidades” del ser humano presentan esta característica: se expanden o contraen tanto que terminan autodestruyéndose. Digámoslo de otra manera, si toda la realidad presenta este principio, y una de las posibles realidades es la humana, con todos sus subsistemas, entonces la “realidad humana” cumple también con dicho principio.

Harían falta varios artículos para mostrar cómo el principio de putrefacción afecta a los distintos subsistemas humanos, pero, de momento, podemos dar

algunas ideas generales. Lo principal es entender que, si algo está enfermo, pudriéndose, en estado de descomposición y no hay nada para contravenir tal efecto, *ergo*, por pura continuidad (normalidad) del estado, el proceso de descomposición permanecerá hasta que el cuerpo perezca. La única posible opción es un contrahechizo (cura) que sea capaz de revertir el proceso; sin embargo, para que tal pueda tener un efecto constante, se debe emplear una energía mayor a la primera. Pero esto, paradójicamente, tiene efectos negativos.

Volvamos al lenguaje físico. Si tenemos una expansión acelerada al infinito, y sabemos (o al menos suponemos basados en una serie de cálculos que nos hacen pensar que dicha consecuencia es lo más probable) que ella lo único que ocasionará será la desintegración, entonces, debemos aplicar una fuerza de contracción, pero como esta debe ser mayor, entonces la contracción se acelera, aún más que la expansión, y, en algún momento, implosiona. Lo mismo a la inversa.

¿Cómo podemos “comprobar” esto? Demos las pautas básicas de los tres subsistemas propuestos: la economía, la política y la historia en general.

En economía, al estado de contracción se le denomina recesión. Esta fase implica una crisis económica. Según la teoría clásica, a pesar de dicho proceso, los mercados tienen la capacidad de autorregularse (la mano invisible). Sin embargo, más allá de un aspecto macroeconómico, lo que vemos, a lo largo de las décadas y siglos, es que un sistema económico se desgasta a sí mismo, creando millones de pobres, hasta el punto en que vienen revueltas, revoluciones y, de nuevo el ciclo inicia, pero millones de vidas ya han sido cobradas, ese es el gasto necesario para

reiniciar. Sin embargo, viene la expansión, la cual parece buena, los mercados crecen, se reproducen, se crean nuevos activos, se incrementa la ley de la oferta y la demanda, aumenta el consumo, la producción y la inversión, las Bolsas alcanzan nuevos máximos históricos, y siempre así, parece que *ad infinitum*.

Pero, como dijimos, todo proceso de expansión de semejantes magnitudes sólo lleva a la pulverización. Detrás de estos ciclos económicos nos encontramos con un prejuicio alquímico, que la burguesía, en sus inicios, hizo suyo de manera inconsciente¹. El universo (mundo) se expande al infinito. Así, no habría problema en suponer que, en algún momento, todos tendremos tierras, el campo seguirá produciendo, etc., pero esto no es así, por lo que los procesos acelerados de expansión de la economía, y sus respectivos mercados, sólo pueden darse gracias a la explotación de la naturaleza, la destrucción de los ríos, de los mares, de los campos, etc. Pero esto, ahora sabemos, nos llevará a la destrucción de los ecosistemas y, con estos, de la naturaleza. La expansión económica nos llevará a un cataclismo natural y, de seguro, a la destrucción del mundo y de la vida tal como la conocemos².

En política, al estado de contracción lo llamamos corrupción. La corrupción implica la degeneración de un Estado en todos sus órdenes o en algunos; sin embargo, continuando con el principio del que aquí hablamos entendemos que, tarde o temprano, los distintos niveles del Estado terminarán por contagiarse del

¹ Para profundizar en la relación que tiene la alquimia con la economía se sugiere la lectura de: Eliade, Mircea. (1983). *Herreros y alquimistas*. Madrid: Alianza.

² Para quien guste profundizar más sobre este tema, recomendamos ver los estudios de los "límites planetarios", llevados a cabo por Rockström.

virus esparcido. Así, la corrupción puede empezar entre gobernantes, pero, tarde o temprano, esta se esparcirá a los gobernados. A la inversa también es posible.

La corrupción es la muerte de la política, ya que destruye el principio de la confianza social, comunitaria. El corrupto ve sólo por sus intereses o los de un grupo específico, quebrantando el Contrato Social básico en la búsqueda de la obtención de beneficios. La sociedad, por tal, comienza a contraerse a microcomunidades egolátricas, fálicas, y se comienza una guerra sutil, “invisible”, de todos contra todos, en pos de “chingar” al otro, de pasar por encima de él, del aparato legal, de los diversos órdenes o instituciones, todo en pos del beneficio individual o particular³.

Cuando la corrupción ha llegado a un nivel determinado de contracción, caben dos posibilidades: 1) el Estado, la sociedad, la comunidad se disgrega, no sin antes pasar por una guerra civil cruenta o 2) viene una revolución (revuelta) en la que se restablece un cierto orden, es decir, se pasa del caos a un orden temporal. Entonces, en el mejor de los casos, un nuevo Estado, con un nuevo pacto, surge. De aquí el principio de expansión. Quizá venga una era dorada o, al menos, una restitución de la esperanza social. La nueva sociedad crece y sigue creciendo. Pero llegará el punto en que, en su misma expansión, termine por devorar a otras comunidades, a otros Estados.

³ Existe, también, la posibilidad de crear microcomunidades virtuosas, esto es, regresar a estados más simples de lo político. Así, por ejemplo, las llamadas “comunidades caracol”. Mas, la posibilidad de generar este tipo de espacios debería enmarcarse en una crítica del sistema vigente y no en una huida de él o en un sectarismo latente.

Los grandes Imperios siempre han caído desde dentro, desde el rencor de los oprimidos (aun cuando este sea utilizado por los poderosos excluidos). El poder generado por la expansión termina transformando a las personas que lo detentan y causando celos y envidia a las que no, y, de nuevo, surge la corrupción. Un ciclo puede contener a varios, pero, al final, a pesar de todo el poder y las riquezas, los más grandes caen. Pasó con Grecia, pasó con Macedonia, pasó con Roma y Egipto, pasó con China, pasó con los mexicas y seguirá pasando, sea con la nueva China, con Estados Unidos o con Rusia (que ya tuvo un primer acercamiento a esto cuando era la URSS).

En historia, al estado de contracción lo llamamos extinción. Entiendo por historia la suma de los sistemas y/o subsistemas, en especial a los producidos por los humanos (aunque también en su relación con otros⁴) a través del tiempo.

Si tomamos la historia del Universo, en específico, de nuestra Vía Láctea, sabemos que las estrellas mueren, el Sol es una estrella, por lo que, en algún momento, más o menos predecible, el Sol morirá. Esto significa que la vida, tal como la conocemos en la Tierra, también habrá de perecer. Esta macrohistoria se repite en la microhistoria de la humanidad.

Desde el comienzo de los tiempos, el hombre se ha dedicado a guerrear, a dominar, a destruir. Si uno hiciera un conteo de los momentos de nuestra historia

⁴ Sin embargo, no me es claro que exista una historia de la naturaleza. La historia es una concepción que, de por sí, contiene a lo temporal (aunque no se limite a ello). Y aunque podemos hablar del tiempo del Universo, esto sólo es bajo una interpretación humana. El Universo o las especies animales (por ejemplo) no tienen una consciencia histórica, sino que se limitan a vivir en un cierto *presentismo*. Es el hombre el que, en su convivencia con ellas, las dota de tal.

en los que hemos tenido paz, se encontraría con una nulidad absoluta. Tal vez mi pueblo no esté en conflicto ahora, pero otros sí que lo están. Comparando los períodos de guerra con los períodos de paz en general, la balanza se recarga casi completamente de un lado. ¿Cuántas muertes y asesinatos, directos o indirectos (por la miseria, por ejemplo) han sucedido a lo largo de la historia? La mera existencia de un hombre ya entraña una “voluntad de vivir” que es sólo una cara de la moneda, a la otra se la llama “voluntad de morir”. Mi perpetración en la vida es la muerte de otros (naturaleza u hombres). Y esta macrohistoria de la humanidad se repite en la microhistoria de los individuos. Ya desde corta edad se no enseña el ciclo de nuestras vidas: nacemos, crecemos y morimos. Nuestra vida se expande, para luego contraerse.

Lo mismo sucede con el Universo, primero se contrajo, luego hubo una Gran Explosión (Big Bang) que le permitió expandirse, pero llegará el momento en que tenga que volver a contraerse. Sabemos de la existencia de agujeros negros y de otras fuerzas en el Universo, como la energía y la materia oscuras. Una de las hipótesis actuales es que el Universo se está expandiendo. La pregunta es, ¿hacia dónde?, ¿hacia la Nada? En todo caso, más allá de especular, creo que, siguiendo el principio de putrefacción, podemos afirmar que, en algún momento en la historia del Universo (o los Multiversos) –puede ser en miles de millones de años–, esta Expansión llevará a una desintegración, una nueva explosión que engullirá todo. Tal vez el Big Bang fue el resultado del mismo proceso. Lo que P. Mainländer llamó, metafóricamente, el Suicidio de Dios.

Así, los sistemas y subsistemas que nos rodean, sean o no producto de nuestra actividad, han cumplido, cumplen o habrán de cumplir con el principio de putrefacción, en el cual la contracción y la expansión se son dialécticas, la creación y la destrucción, el orden y el caos, Dios y Lucifer, todo es una y la misma cosa.

La mejor analogía que podemos poner, además de la de los zombis, es la de una manzana. Esta primero es semilla, producto de otras manzanas, luego explota y se expande, crece y cae del árbol, ya es lo suficientemente madura, su expansión ha llegado a su fin, pues ahora pesa demasiado y el árbol ya no puede seguir alimentándola, soportándola. Entonces comienza la contracción, la degeneración, hasta el punto en que se pudra y los gusanos la roan. O, desde el pesimismo utópico, hasta que alguien se la coma y la disfrute. Eso mismo pasa con todo lo demás. Todo, sin excepción, está destinado a pudrirse, la gran diferencia es lo que hacemos *mientras tanto*; sea con la naturaleza, con los animales, con nuestros propios cuerpos, sea la economía o la política. No podemos detener lo inevitable, pero sí que podemos decidir cómo vivir el *mientras tanto*.